

Nº 03



TALLER DE ESCRITURA
con perspectiva feminista

¿De dónde sale este Fanzine?

Desde la Asociación Otras Narrativas y el espacio de formación Alharaca, de la Editorial Avenate, hemos creado un taller donde pensar la escritura con perspectiva feminista.

Y desde este encuentro de mujeres nace un fanzine colectivo, para reconocer el potencial de la construcción colaborativa, la politización de nuestros relatos y la autogestión.

Ilustración de @maria_lapido
Maquetación: Laura Badia

Otras Narrativas

Entidad que nace con el objetivo de transformar y deconstruir desde lo local aquellos discursos que crean violencia y poder generar alternativas contra-hegemónicas que den valor a lo colectivo, la autogestión y la justicia social.

Otrasnarrativas.org
@otras_narrativas

Editorial Avenate

AVENATE es un proyecto editorial que quiere ser una pequeña pieza en esto de “la revolución de la boca”, es decir, en la revolución de darnos la voz unas a las otras. Nos hemos dado cuenta que aún no están escritos todos los libros, reflexiones y versos que necesitamos para autorelatarnos.

Editorialavenate.com
@editorialavenate

Ten cuidado, que hierve

Siento un pinchazo en el pecho, un grito ahogado cada vez que paso por delante de las casas de los techos altos, por aquél salón luminoso con las baldosas que limpiaba mi yaya por cuatro duros. “Ten cuidado niña, que esa rabia si te la oyen por la calle es peligrosa”.

A nadie le gusta la rabia, la rabia es fea y pobre. Mira hacia otro lado. Guarda silencio. Apénate y llora, pero no chilles niña, que te oyen. En las casas de los techos altos no se grita, no seas ordinaria. Silencio. Cierra la ventana del lavadero, que te escuchan gritar. Vergüenza.

La rabia de fea y pobre llena las esquinas. Empaña los cristales hasta salir por la boca hambrienta. La rabia, que nunca es bienvenida, va a todas las fiestas vestida con los pantalones de ayer. La mochila a cuestas.

En los barrios de la periferia, en las calles mal iluminadas, se esconde la rabia de clase. En un quinto piso sin ascensor, con el techo bajo y torcido. En la silla de la vecina. En las bragas que cuelgan del patio de luces y en el potaje sobre el fogón. “Pero cálmate mujer, no sé por qué te pones así”.

Que dolor en el pecho, que tripas más revueltas, cuanta herida heredada. “Voy a chillar Manuel, me voy a enritar”. Tres, dos, uno y silencio otra vez.

Apaga el fuego, que ya hierve y retira el cacillo, ten cuidado no te quemes. De tanto escándalo, niña, se nos ha hecho tarde.

La rabia se acuesta. Ojos bien abiertos y herida latente.

¡Apago! Y hasta mañana

Mi nombre significa deseo.

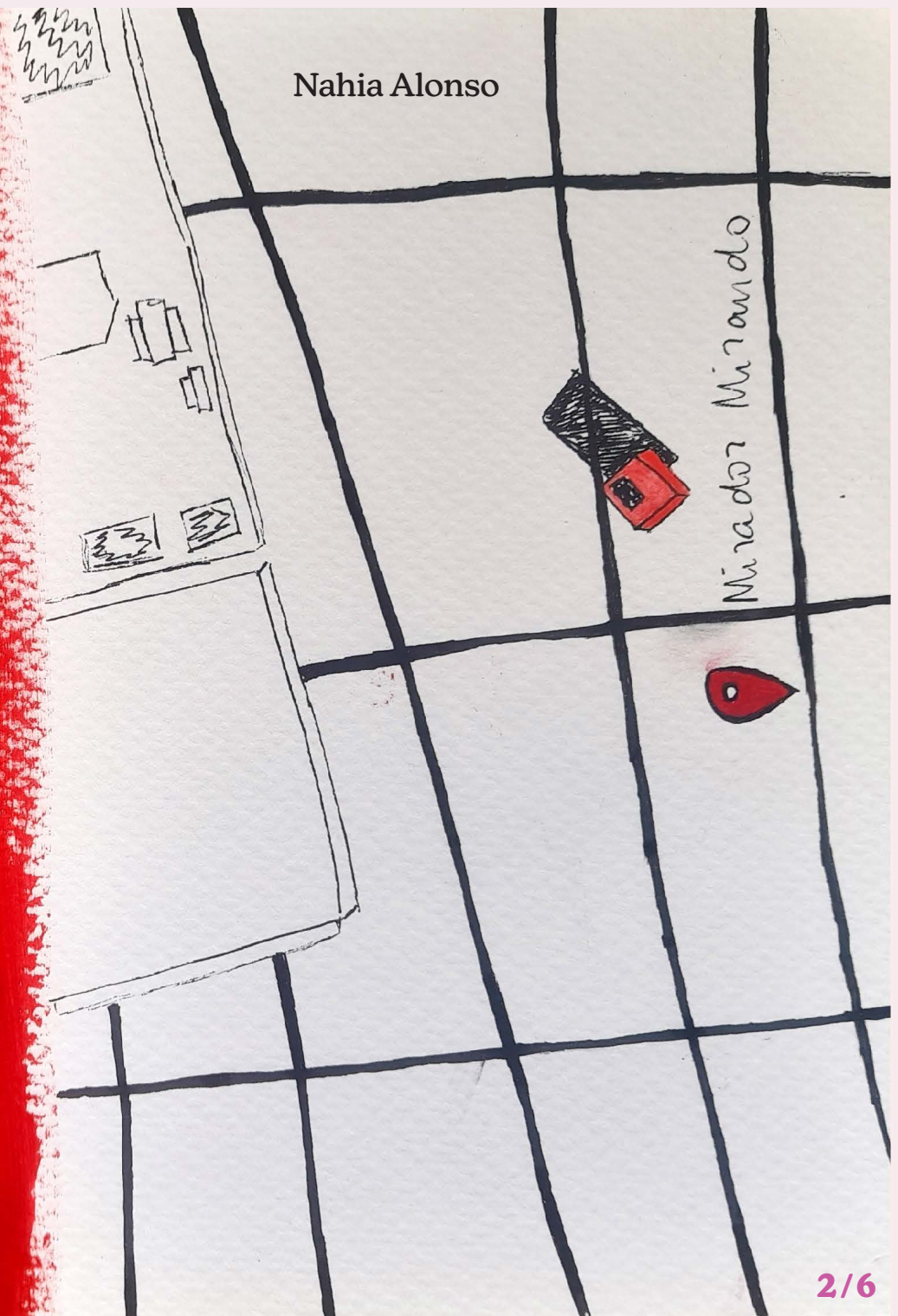
Durante mi infancia me molestaba que mi padre insistiese en señalar que no se trataba del objeto deseado sino del sujeto deseante. Yo sentía que el deseo designaba una atracción y que salía perdiendo si no era el ente atractivo. En esta dicotomía ganador/perdedor no podía ver que mi padre hablaba en realidad de una cuestión de pulsión e incompletitud. Los seres humanos habitamos en los huecos (real y metafóricamente) y aquello completo desaparece en su propio estatismo.

- Me gusta el artista Jorge Oteiza porque sus obras están en la calle y la gente puede hacérselas suyas - me dijo un amigo paseando por Vitoria.
- En la de la plaza del Artium siempre nos sentamos a comer kebab - añadió otro.

¿Viviríamos si llenar el vacío no fuese el impulso?

No debí reñir tantas veces a mi gente por mear en la escultura de Chillida que hay camino a casa.

¿Qué queda cuando todo se desvanece? Las ganas. Si algún día tengo una hija que mi padre la llame Ojala y me diga: a mí el deseo me hizo valiente. A mí curiosa. A mí el deseo me hizo artista. Pues a mí poeta.



Siempre arremangás: Una oda al no-hacer

Mi madre solía decirme que “de mayor lo entendería”. Abría las persianas de mi cuarto a las once de la mañana vociferando: “¡Son las doce del mediodía!”. No era capaz de sentarse a descansar hasta que no había recogido la cocina entera después de comer. Se pasaba las mañanas activamente ocupada: que si limpieza, que si ventilar (recuerdo el frío en invierno cada mañana en casa, que no se te iba del cuerpo prácticamente ya en todo el día), que si bajar a hacer la compra, que si comida... Llegó a crear en mí un sentimiento de culpa y pereza, prácticamente sin ser consciente de ello, que siento que en mí simplemente no existe el permiso, el permiso al descanso. Esta es la losa que las mujeres arrastramos de nuestro linaje materno: nuestra torpeza frente al no-hacer.

Dicen que conforme crecemos las hijas nos vamos pareciendo cada vez más a nuestras madres, aunque muchas lo intentemos evitar. Siempre decimos que lo haremos diferente, que no caeremos en esa trampa, pero cuando una menos se lo espera, de repente, te visualizas a tí misma desde afuera y lo ves claro. Ahí, en mitad de tu cocina, arremangá, limpiando a fondo porque si no lo haces sabes que la culpa te va a acompañar en lo que sea que hagas posteriormente. ¿Sentarte en el sofá con todos los platos por fregar? Imposible.

He reproducido eso durante toda mi vida, desde que me independicé, hasta el día de hoy. No soporto que mis parejas estén sentadas, viendo la tele, estudiando sus notificaciones, si es que está el piso por fregar, la ropa por recoger, la comida por hacer. Da igual, lo que sea, siempre

encuentro un millón de excusas para no lograr estar sin hacer nada. Para culpar al otro, si él sí es capaz de descansar en mitad de toda esa productividad y exigencia que respiramos a cada segundo que estamos vivxs.

Del mismo modo, tampoco soy capaz de descansar verdaderamente si es que me encuentro en un lugar en el que todo el mundo está, aparentemente, haciendo cosas. Me siento inútil, vaga, irresponsable.

Es agotador, tanto que, a veces, desearías ponerte enferma. Dejarte cuidar. Mostrarte mediocre. Piensas en quién serías tú sin todos esos condicionamientos que te auto-impones y que te acaban conformando: ¿Quién sería yo si fuera capaz de no hacer nada?

Analizas y te das cuenta de cómo nos relacionamos y nos validamos a través del hacer, hacer y más hacer. Estar en el paro, pararse a contemplar, leer después de comer, hacer siestas por la mañana, ¿por qué no?

El no-hacer se convierte en todo un proceso revolucionario para aquél/lla que lo está transitando. Más aún para las mujeres. El síndrome de la niña buena desaparece. Imagínate si las mujeres ya no pudiéramos ser nunca más manipuladas con el hecho de “hacer” y de “ser” ante los ojos de los demás. Imagina qué pasaría si de repente sí fuéramos soberanas de cómo empleamos nuestro tiempo y nuestra energía.

Menuda revolución.

Clara Esparza

Voy siempre caminando por las calles buscando las montañas nevadas. Adoro ver como se asoman las cumbres de Sierra Nevada ante la majestuosa ciudad de Granada.

Camino a paso rápido pensando en todo y en nada. Y cuando me acerco a un árbol mi paso se hace cada vez más lento para observarlo con detalle. Me gusta ver como sus hojas y sus flores empiezan a brotar por la llegada inminente de la primavera.

10

Hay días que los fotografío para atesorar esos momentos que me regala la naturaleza. También me gusta poner atención al canto de los pájaros. Este ritual es para mí una manera de desconectar del ritmo frenético de la vida.

Una manera de olvidarme de ese ruido que hay en mi cabeza. Ese ruido llamado capitalismo que siento que algunas veces me devora.

Ese ruido que cada día se pregunta: ¿He hecho bien en empezar una nueva carrera con esta edad?

Hay días que me siento motivada e ilusionada con el nuevo camino que he elegido. Pero al mismo tiempo hay veces que algo me hace dudar. Un algo que me frena y me paraliza.

Que difícil es empezar de cero sola en una nueva ciudad. Con la presión de que no podemos dejar de producir para el sistema capitalista porque hay que pagar las cuentas y comer.

Que bonito sería poder vivir de una manera más pausada. Y poder dedicarme a tiempo completo a lo que me gusta. Sin esta presión en el pecho que siento que algunas veces me asfixia.

11

Hay días que siento que estoy al borde del colapso como el planeta. Y me pregunto: ¿Cuántas personas en el mundo se sentirán igual ante la incesante necesidad de ser productivas todo el tiempo?

Mañana no será mejor

Llega a la puerta de casa y el gesto de girar la llave en la cerradura ya la alivia. Le quita parte del peso del mundo que sostiene sobre los hombros. Esa es su sensación, si alguien preguntase.

Lleva catorce horas fuera y en vez de deshacerse el moño, darse una ducha y preparar algo de cenar mientras bailotea en la cocina, lo que hace es desplomarse en el sofá. Desplomarse y llorar. Se le agolpan los pensamientos, el runrún de hace meses, la pregunta que se hace y para la que no tiene respuesta. Con la pregunta llega la ansiedad. Otra vez la hostia. "Culpa mía por darle tantas vueltas a las cosas". Se levanta y busca el móvil. Mensajes del curro. "De verdad, dejadme en paz, no puedo más". También un par de perdidas de su casero que significan "págame de una vez, o te vas". Pero no se quiere ir. Esa es su casa, lleva los mismos años en ella que en esa oficina de mierda donde la asfixia aparece nada más cruzar la puerta. No puede dejarlo, no puede porque no tiene un duro y "qué suerte tener trabajo hoy en día, hija". Pero el "tontita" que se le escapa de vez en cuando a su jefe, ese sí, ese tiene que dejarlo pasar. Tiene que aguantar porque "estamos todas igual, tía".

Mira el móvil otra vez, son las 9. Son sólo las 9 y el maldito "no puedo más" es ya una letanía. Se levanta como puede del sofá y se arrastra por el pasillo hasta el baño. "Joder, la cisterna otra vez". Hace pis, se quita la ropa, la tira al suelo, se pone el mismo chándal que hace mil horas se quitaba medio dormida y se mete en la cama a seguir con el runrún. A seguir pensando una respuesta a esa pregunta que invade todos los minutos de su vida. Se duerme sabiendo que mañana no será mejor.

Aida Riesgo
@sitenguncorazon

Aida Riesgo
@sitenguncorazon

Asgar el príncipe lobo

El lobo corre por los bosques. Es libre, salvaje y sin corazón humano. Con corazón de lobo. Nunca pensaba querer a una humana como a su madre. Todos le habían enseñado que los humanos son las bestias más despiadadas del norte de las montañas. ¿Por qué? Nadie lo sabe. Pues sí, se sabe. Los humanos son la amenaza más despiadada que podrás conocer. Odiar. Aterrorizarte y desconsolarte. El lobo Asgar odiaba a los humanos. Él trotaba hacia un bosque. Era frondoso, oscuro y llenas de hojas cayéndose. Los pinos y abetos estaban desnudos por el invierno. Una manada estaban invadiendo a ¿algo? ¿Alguien? ¿Qué era? Más bien, ¿quién era? Era una niña negra de piel. Llena de arañazos. Sangre por todas sus heridas en el cuerpo. Ella sollozaba. Asgar normalmente pensaría que sería una magnífica cena. Sobre todo para su padre, de quién él estaría orgulloso. Pero él la vio. Sollozando. Se vio reflejado en él y sus padres fallecidos. Unos humanos, o más bien conocidos: «No de nuestra especie». Asgar, mordió a los demás lobos. Ellos enseguida los reconoció « ¡Asgar! ¿Es Asgar? ¿Quién es Asgar?»

— ¿No lo conoces? Es el príncipe lobo que salvó a media manada de todo este bosque. Mis disculpas, mi alteza.

—Sólo vete. Ya he tenido bastante con el día de hoy. Marchaos, si no queréis que os arranque de cuajo vuestras cabezas.

La manada se marchó de prisa. Asgar miró con recelo a la niña. En ella, se le podía ver el miedo en sus ojos. ¿Comérsela sería una opción? Lo dudaba Asgar. Algo debería hacer, ya que en ella se vio reflejado. Con tan solo recordar aquella soledad, se le saltaban las lágrimas.

El lobo le indicó un gesto, diciéndole que lo acompañase. La niña se subió a su lomo y juntos buscaron un lugar seguro para ambos. Un lugar seguro para los humanos, y un lugar seguro para los lobos.

Se refugiaron de la lluvia, dentro de una cueva. Por suerte para ambos no había osos, ni ninguna amenaza para ambos. La niña le mira fijamente y con sus ojos brillantes. Ella le pregunta:

— ¿Cómo te llamas, lobito?

—Niña, más respeto. Soy Asgar, príncipe de los lobos. Pronto, soberano de la manada de este bosque,

—Yo me llamo Henrika. Mis padres... Murieron por esos lobos. ¡Por favor! ¡No me mates!—sollozaba. Sus ojos se agrandaban y de ahí se asomaban lágrimas.

— ¿Me tienes miedo, niña?

— ¡Sí! ¡Tú me salvaste! ¡Pero aún no puedo confiar en ti!

—Henrika. No voy a hacerte nada. Sé tú situación, porque... A mis padres los mataron los «no lobos», cómo tú.

—Entonces... Estaríamos en paz.

—Eso parece.

Asgar le preguntó si tenía frío. Ella asintió y el lobo la abrazó con sus patas y durmieron juntos en la cueva. Ahí comenzaría una bonita amistad.

